

allí muerto. A menudo oímos ladrar en la bahía á los perros salvajes (*merkanar kel*). ¿Qué habíamos de hacer? Dejar á nuestro padre allí para que fuese pasto de los perros, era imposible. Toda la noche la pasamos llorando. Mi hermana se arropó en su manta y se tapó la cabeza de miedo que tenía. Yo no pude hacer otro tanto. Permanecí sentado contemplando la oscuridad que me rodeaba y varias veces creí ver correr de un lado á otro antorchas enemigas. Luego me pareció que cerca de nosotros estaba un negro y fué tal el miedo que sentí que un sudor frío corrió por mi rostro. Pronto, empero, salió la luna y pude ver que lo que me asustaba era el tronco negro de un árbol; á pesar de esto no me aproximé á él porque sabía que Melaye, el espíritu malo de los bosques, toma algunas veces esta forma para apoderarse de los hombres. Por fin llegó el día: no sabíamos qué hacer, pues no podíamos abandonar á nuestro padre á los perros salvajes y ninguno de nosotros podía dejar al otro solo al lado del cadáver. En vista de esto, Ngalyalli y yo tomamos cada uno un *kanake* (un *wad-ty* puntiagudo) abrimos un agujero en el suelo y levantando el cuerpo de nuestro padre lo depositamos suavemente en él, hecho lo cual lloramos y cubrimos el hoyo con arena. Después no supimos qué hacer. ¿Qué dirían los ancianos? Nuestro padre había sido un hombre y por lo mismo no debía yacer de este modo en el suelo, sino que había de ser secado en el campamento mientras la tribu llorase á su alrededor. Además pensábamos que alguno podía haberle matado con el *ngadhundi* (hechicería) y que quizás también nosotros pereceríamos. De un salto nos levantamos y llenos de terror nos alejamos corriendo de aquel lugar. Tomé la maza arrojadiza y la lanza de mi padre y Ngalyalli cogió los tinuwarris que habíamos pescado y el odre lleno de agua, y nos dirigimos al bosque por el camino recto. La noche se nos vino encima y con un trozo de corteza que habíamos cogido del último campamento encendimos fuego, pero dormimos poco, pues estábamos enfermos de miedo. Cocimos un tinuwari, pero no pudimos comer gran cosa. Al día siguiente volvimos al lago y quisimos avanzar hacia Tuldurrug, pero hacía mucho calor y acampamos de nuevo. A la mañana siguiente estábamos tan enfermos que no podíamos dar un paso, razón por la cual pasamos allí el día y la noche. Al mediodía siguiente trataba de conciliar un poco el sueño cuando oí la voz de un hombre que decía: ¡*Kai hai!* (exclamación indígena que indica sorpresa): abrí los ojos y ví al hermano de mi padre, á mi abuelo y á otros dos hombres que se aproximaron á nosotros y exclamaron al vernos: ¡*Yakkai, Yakkai!* ¡*Yakka-iakat!* (exclamación que significa ¡ay los pobres!). Levantéme entonces de un salto y me arrojé en los brazos de aquel hombre que era entonces mi único padre y estuve largo rato sollozando. Entonces nos dieron de beber y carne que comer, después de lo cual les contamos nuestra historia que excitó su compasión. Aquellas gentes, intranquilas por nuestra ausencia, se habían dirigido á Ngiakkung en nuestra busca y habían seguido nuestras huellas hasta el campamento en donde se perdían las de nuestro padre y á partir de este punto siguieron las nuestras solas hasta que nos encontraron. A la mañana siguiente emprendimos la marcha hacia Ranukki: caminábamos lentamente y sólo se adelantó un hombre para llevar la noticia á nuestro pueblo. A la *Pangarinda* (período de las sombras, noche) llegamos al campamento de la colina de Ranukki y á nuestra llegada salió á recibirnos toda la tribu con grandes aclamaciones: todos lloraban y lamentaban la desgracia que nosotros, dos niños, habíamos tenido que sufrir. Yo y Ngalyalli estuvimos mucho tiempo enfermos y tardamos mucho en consolarnos de

la muerte de nuestro padre, que descansa en su tumba de Ngiakkung, en la cual nosotros mismos lo depositamos.»

Para los australianos no hay otra muerte natural que la muerte en el combate ó en la lucha. El espíritu de estos pueblos no se ha reconciliado todavía con la idea de la necesidad de la muerte, de manera que sólo sabe atribuir una causa determinada á la muerte violenta, considerando todas las demás como consecuencia de un hechizo, aun cuando sean producidas por la mordedura de una serpiente venenosa. Este hechizo está producido por cualquier cosa perteneciente al hechizado que se le quita y se entrega al hechicero: en muchos casos es simplemente el resto de un manjar, ó un hueso roído ú otros objetos análogos, y por esto generalmente son destruidos por el fuego. El miedo á los hechizos es tan grande y la fe que en ellos se tiene es tan ciega, que se ha dado el caso de morir una persona sólo de miedo de ser hechizada. Por esto las primeras ceremonias mortuorias tienden al hallazgo de los malos hechiceros. Entre las tribus de Port Lincoln, durante la primera noche después del fallecimiento, el pariente más próximo del difunto se queda á dormir junto al cadáver con la cabeza apoyada en él á fin de que el sueño le dé alguna indicación respecto del hechicero. Al día siguiente, el cadáver es conducido en hombros en una especie de parihuela y los amigos del difunto pronuncian diferentes nombres de personas: cuando se pronuncia el de la que dice haber soñado el que ha dormido junto al cadáver, el cuerpo del muerto ejerce, según dicen, una presión ó un impulso en una dirección determinada y entonces se inclinan los portantes hacia el presunto hechicero y lo designan como culpable. Los indígenas de Adelaida se pasan á menudo todo el día llevando en hombros el cadáver sobre una parihuela de ramas de forma circular y un individuo que va en medio del grupo toca con su cabeza el cuerpo inanimado hasta que el juicio ha producido un resultado. Por lo demás los parientes han de tener mucho cuidado en no llorar poco durante los funerales, pues esto les haría sospechosos de ser cómplices de la muerte del llorado. En otras tribus del Sud no es tan grosero el modo de encontrar al culpable: entre ellas, el cadáver es colocado también en una parihuela llamada *tirkatti*, es decir la que sabe, y se le pregunta: «¿Te ha asesinado alguien mientras dormías?» «¿Le conoces?» «¿Fue tal ó cual?» Si la parihuela se mueve, es señal de que la contestación es afirmativa; si no se mueve prosigue el interrogatorio. Esas gentes creen que Kuinyo, el dios de la muerte, es quien mueve la parihuela.

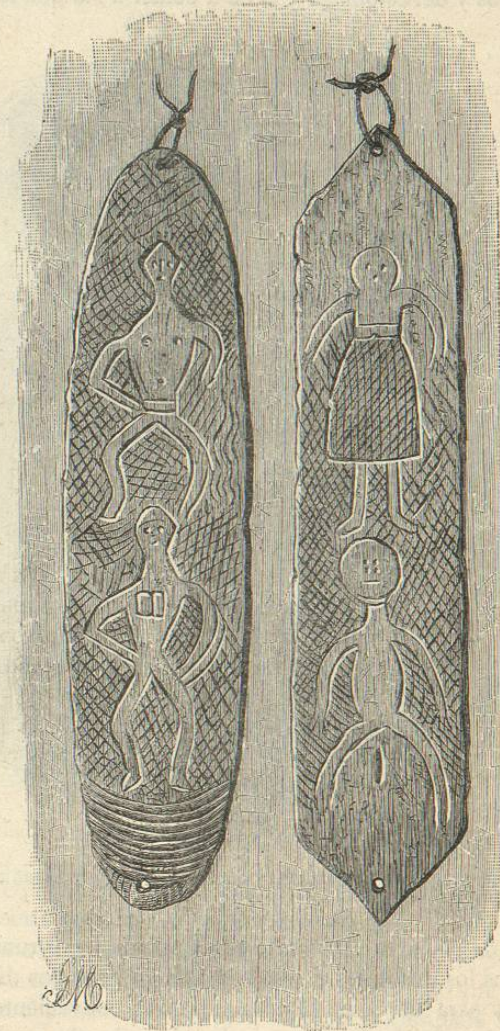
Las tribus que habitan más hacia el Oeste practican una variante de la misma costumbre. Entre los *dieries*, cuando muere un hombre, una mujer ó un niño; sea cual fuere la causa del fallecimiento, se le atan uno con otro los dedos gruesos de los pies y se envuelve el cuerpo en una red. Tres ó cuatro hombres se colocan sobre la cabeza el cadáver, lo llevan á la tumba, que tiene un metro de profundidad y lo depositan junto á ella, de espaldas al suelo, por espacio de dos minutos. Luego se arrodillan tres hombres al lado de la fosa y se hacen colocar por otros el cadáver sobre sus cabezas: un anciano, generalmente el más próximo pariente, toma en cada mano un ligero palo, se coloca delante del cadáver, golpea los palos uno con otro y empieza á dirigir preguntas al muerto, en la creencia de que ha de entenderle, interrogándole acerca de por qué ha muerto y quién ha sido causa de ello. Los demás hombres que están sentados alrededor, formando un círculo, funcionan como intérpretes del difunto y pronuncian el nombre de una persona cualquiera, á quien entonces se hace culpable de la muerte.

Otro sistema muy extendido en los territorios del Sud-este consiste en descubrir al hechicero por la dirección que toma un insecto que sale arrastrándose de la tumba: se sigue esta dirección y se declara culpable al primero que se encuentra. Otras veces un hechicero hábil descubre quizás las pisadas que indican la dirección del culpable. Ya se comprenderá que para descubrir al hechicero causante de la muerte nadie más hábil que otro hechicero, el cual por medio de sus cantos y de sus conjuros averigua quién es el último que ha ofendido al difunto ó ha sido ofendido por éste. Entre las tribus de la bahía de Moreton, la piel que se ha arrancado al muerto antes de comérselo es paseada en todas direcciones por el hechicero y presentada á cada uno de los individuos de la tribu para denunciar á aquel cuya actitud parece hacerle sospechoso de haber causado la muerte. También en esas comarcas la idea de que toda muerte no natural es á veces imputable al mismo difunto, aparece traducida en la costumbre de murmurar al oído del cadáver, envuelto en corteza, algunas palabras para que diga desde el otro mundo que no ha sido asesinado sino que ha muerto naturalmente. Entre las tribus del Cabo York la muerte de un individuo es vengada de un modo que recuerda cierta costumbre muy arraigada entre los polinesios: en virtud de ella, el caudillo, llevando en la mano el cráneo, las armas y los adornos del difunto, entra en el círculo de donde están excluidas las mujeres y allí puede hacer durante los funerales todo cuanto se le antoje, incluso matar, porque obra en nombre del muerto.

Cuando se cree haber descubierto al asesino, no se considera aplacado el espíritu del difunto hasta que los parientes han vengado su muerte, y si aquél pertenece á alguna otra tribu envíanse—entre los *narrinyeris*—mensajeros de una y otra parte, y los amigos del acusado acaban por maldecir en toda forma al difunto y á todos sus parientes muertos. Con esto se plantea el *casus belli*: se hacen los preparativos necesarios para la batalla inminente y las dos tribus acompañadas de sus aliados, se encuentran frente á frente. La tribu á que perteneció el difunto llora por él y prorrumpe en espantosa gritería: la otra escoge á algunos de los suyos para que con sus bailes y sus bufonadas se burlen del enemigo mientras el resto se echa á reír á carcajada tendida para irritar más á los otros. Si además del castigo por la muerte ocurrida hay que resolver algún otro punto litigioso, se entabla una lucha bastante formal con lanza, pero si sólo se trata del difunto, no se arrojan más que un par de lanzas, se grita con toda la fuerza de los pulmones, se hacen una ó dos heridas leves, después de lo cual algunos ancianos declaran que ya se ha hecho lo suficiente. Entonces se considera que el difunto está satisfecho con los esfuerzos que han hecho sus amigos para vengar su muerte por medio de la lucha y las dos tribus vuelven á vivir en la más perfecta armonía.

Después del juicio de los muertos, que los colonos ingleses han calificado acertadamente de *native inquest*, se procede al enterramiento del cadáver para el cual se emplean principalmente dos sistemas, uno que consiste en colocar el cuerpo dentro de la tierra y otro en conservarlo sobre ésta, siendo el primero el más frecuente, especialmente en la mitad meridional de la Australia. Las tumbas son las más de las veces simples hoyos, pero Grey afirma que en los territorios del Noroeste hay sepulcros-colinas de siete metros de largo y de la altura de un hombre, hechas con capas regulares de piedras y lleno el interior de limo; y Taplin refiere que en la orilla del lago Alexandra existen grandes colinas-sepulcros, en los cuales los cadáveres están enterrados en largas hileras, y opina que deben

datar de épocas en que la mortalidad era grande: de todas maneras, es innegable que pertenecen á un tiempo en que las costumbres y los usos eran distintos de los de ahora; porque entre los actuales australianos los sepulcros contienen un solo cadáver. Aun este sistema de enterramientos presenta muchas variantes. Se cava un hoyo estrecho en el cual se enciende fuego para alejar á todos los malos espíritus ó para calentar al muerto en aquel lecho frío; luego se llena hasta la mitad con hojas y sobre éstas se deposita el cadáver tendido ó encogido y se le asegura con trozos de madera, cubriéndolo luego con hojas y tierra. Con la tierra que se ha sacado del hoyo se forman dos montoncillos, uno



Plancha zumbadora de los australianos (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

en la cabeza y otro en los pies. La tumba es á menudo adornada exteriormente con hojarasca y encima se clava un palo y muchas veces se construye una cabaña en cuya puerta se colocan las lanzas rotas del difunto. Sobre la tumba se espere tierra encarnada y delante de la choza se plantan tres árboles con algunas incisiones y algunas figuras grabadas y pintadas de color rojo, para indicar que el muerto ha sido vengado. En Pime River, junto á Brisbane, cerca del sitio en donde yace enterrado algún cadáver se esculpe en un árbol el emblema del difunto y cuando se deposita el cadáver de un caudillo en un árbol hueco, los circunstantes murmuran una salmodia para ayudar al alma á volar hacia las alturas. La cabeza del cadáver está colocada, en el estrecho del Rey Jorge, hacia el Este, entre los sudafricanos hacia el Oeste, y entre los australianos occidentales varía esta postura según las tribus. En los casos en que el cadáver se entierra encogido, se le atan los dedos gruesos

de los pies ó el pulgar y un dedo de cada mano, y por entre los brazos así atados se hacen pasar las rodillas, sobre las cuales está inclinada la cabeza: el cuerpo de esta manera colocado, es envuelto en una red ó en una piel. Muchas veces, antes de dar sepultura á un cadáver se le cortan la barba y las uñas: generalmente el muerto es enterrado con sus armas.

En algunas tribus, las costumbres seguidas en los entierros acusan cierto carácter de antropofagia, que aparece unas veces claro y otras más confuso. Entre los dieyeris, después del juicio de los muertos una persona que no es pariente del difunto corta en la misma tumba al cadáver la grasa de los músculos del rostro, de la región lumbar, de los brazos y del estómago y la da á comer á los que lo han

llevado en hombros para aplacar el dolor de los deudos más próximos y borrar el recuerdo del muerto. Es interesante observar las huellas de esta costumbre en un sistema de enterramiento que nos describe Macdonald hablando del alto río Marien de Queenslandia. Había muerto allí un hombre cuyo cadáver colocado entre dos montones de leña fué asado en toda regla: cuando la piel apareció negra por todos lados, el individuo que dirigía la ceremonia tomó un pedazo de creta con el cual trazó líneas longitudinales y transversales sobre el cadáver, y cogiendo después un cuchillo lo fué haciendo pedazos siguiendo las líneas trazadas desde la cabeza hasta los pies, hecho lo cual separó la cabeza del tronco y cortó cada miembro en un determinado



Una muchacha con tatuaje y otra sin él, de Queenslandia (de una fotografía que posee el primer lugarteniente Bulow, Berlín)

número de pedacitos. Durante esta operación prorrumpieron todos los asistentes á la ceremonia en gruñidos de caníbales y para dar á su dolor la expresión conveniente, se infirieron profundas heridas con las destales de combate que en las manos llevaban. Macdonald pudo, sin embargo, convencerse de que los negros se aprestaban á enterrar los mutilados restos de su compañero y no á devorarlos, como parecían indicarlo todos los preparativos. Más raras son todavía las ceremonias que inmediatamente preceden ó siguen al enterramiento definitivo: es cosa frecuente ver á los que llevan el duelo pintarse ó herirse el cuerpo: las mujeres se lo golpean hasta hacerse salir sangre y los hombres se arrancan la barba. Entre los australianos centrales, el pintarse de blanco significa luto. La costumbre de las tribus de la bahía de Encounter, en virtud de la cual las mujeres amontonan la tierra sobre la que ha reposado el cadáver, reconoce por causa la creencia de que el alma (*wingko*, la respiración) ha ido á parar á la tierra, recobrando su libertad cuando ésta es removida y amontonada. Esta colina funeraria se encuentra en la mayoría de los casos no sobre la misma tumba, sino á un lado, pues la tierra excavada no se amontona generalmente encima, sino que se deja esparcida y se apisotan tan rápidamente como es posible sobre

el cadáver las paredes de la tumba á uno de cuyos lados hay abierto un hoyo.

A menudo se indica y señala de una manera muy rara el sitio en que está la tumba y los alrededores de ésta: entre los signos empleados figuran los árboles de que ya antes hemos hablado. Peron vió en el cabo Naturalista uno de estos árboles delante del cual había trazado con arena negra un semicírculo, y delante de éste otro con arena blanca en el que se habían plantado juncos formando círculos, triángulos y cuadriláteros. Asimismo vió en las dos orillas de un arroyo, en el estrecho del Rey Jorge, una mancha en cada una de aquéllas y situadas una enfrente de otra de forma circular y de un metro de circunferencia, en la que había clavadas en el suelo y mirando á la orilla de enfrente, once lanzas de afilada punta pintadas con resina de un color rojo de sangre. Análogas tumbas se encuentran en el Sud y en el Este, en donde los sepulcros son ó lugares libres y limpios con sus caminos, ó colinas cónicas de arena á veces rodeadas de hoyos circulares, otras de tres filas de bancos semicirculares, y emplazadas cerca de árboles en cuyos troncos hay grabadas figuras extrañas. Con frecuencia los sepulcros están cubiertos por cabañas ó á lo menos por techos de paja y á veces son chozas, y en este último caso

el cadáver descansa en ella en vez de ser sepultado en la tierra. También los hay cubiertos de ramaje para impedir que el espíritu salga de ellos, y finalmente existen también tumbas en hormigueros.

Esto nos lleva por la mano á otro sistema de enterramiento, por el cual el cadáver permanece en una ú otra forma sobre la tierra. El procedimiento más sencillo dentro de este sistema consiste en encerrar el cadáver en un tronco de árbol hueco: en Port Macquarie el cadáver es cosido dentro de un envoltorio de corteza y colgado de un árbol á una altura de tres metros. Con igual cuidado se da sepultura á los niños en la Australia central; por esto la expedición Stuart encontró en Hawker Creek colgado de un árbol un sarcófago de niño, de un trabajo elegante, hecho de una sola pieza de madera y de la forma de una canoa: sus costados aparecían adornados con ligeras y delgadas incisiones, y el conjunto estaba cubierto de cortezas de árboles y atado con cuerdas de hierba. Un objeto análogo encontraron más tarde en las lagunas de Lawson Creek, en donde servía para sacar agua. Con este sistema de enterramientos está enlazada en algunos puntos la cremación de los cadáveres: en la bahía de Portland se queman los árboles huecos dentro de los cuales se colocan los cadáveres: en Port Macquarie el cadáver envuelto en corteza es colocado sobre un montón de leña, al cual se prende fuego, siendo todo devorado por las llamas. Pero como esta costumbre aparece muy aislada no podemos atribuirle otro objeto que evitar el exceso de restos humanos, tanto más cuanto que éstos pueden ser un estorbo en las continuas emigraciones y servir fácilmente de poderosos hechizos si caen en manos de los enemigos. Por esto algunos arrojan también los cadáveres al mar. Otra variante de ese sistema de enterramientos que apenas merece el nombre de tal consiste en sacar del cadáver los huesos guardándolos todos ó una parte de ellos: después de haber mutilado el cadáver dentro de la tumba, se procede muchas veces al entierro solemne del esqueleto. Los indígenas de las cercanías del Cabo York entierran, algunos meses después de la inhumación del cadáver, los huesos metidos en un receptáculo en un bosque lejano: los jardines que habitan en Somerset llevan los huesos de los suyos, después de haberlos tenido enterrados por espacio de seis meses, á la península de York. No todos los huesos, sin embargo, son enterrados: en efecto, ya hemos visto que los cráneos humanos hacen las veces de vasos y la costumbre papuana de ponerse la mandíbula inferior de un enemigo muerto como adorno guerrero la encontramos también en los territorios fronterizos del Nordeste, como por ejemplo en la isla de Seibai. Las madres llevan consigo, encerrados en bolsas ó redes, según hemos dicho, los huesos de sus difuntos hijos, y cuando la cantidad de los mismos llega á ser considerable los cuelgan de los árboles. Para facilitar la putrefacción del cadáver lo exponen al sol y á la lluvia. En cambio en Port Moresby encontramos una especie de enterramiento en chozas: el cadáver es colocado debajo de una techumbre y junto á él permanece, hasta que se ha podrido, la mujer del difunto. Wyatt refiere que una anciana de la tribu de Adelaide perdió á su hermano, cuyo cadáver envuelto en harapos y en esteras fué encerrado durante muchos días dentro de un montón de hojas y de ramas, sobre el cual se sentó aquélla guardando los restos mortales y llorando siempre: los demás parientes intentaron separarla de allí, pero ella se negó tenazmente y mientras permaneció sobre aquella improvisada colina mortuoria aquéllos le llevaron pacientemente manjares y bebidas. Entre las tribus de Murray y las de la bahía de Encounter, al Sudeste de la colonia sudaustrialiana, el cadáver es desollado y coloca-

do luego en un madero fuliginoso sobre el fuego para que se ase y se seque: los parientes más próximos se arrastran por la choza (*wurley*) en donde la ceremonia tiene lugar, se untan el cuerpo, y pasan el día y la noche dando gritos espantosos. Cuando el cadáver está bastante seco, lo colocan entre los tesoros de su campamento y lo llevan consigo en sus emigraciones de un lugar á otro, y cuando el número de estas momias llega á hacerlas incómodas, se desprenden de las más antiguas, para lo cual, después de atarlas á un madero, las cuelgan de los árboles á una altura suficiente para que los perros salvajes no las devoren. Las tribus del centro de Australia sólo momifican sus caudillos ó los



Una mujer con tatuaje, de Nueva Gales del Sud (de una fotografía)

guerreros muertos en el campo de batalla: los cadáveres de los demás son sencillamente enterrados.

Los australianos procuran no pronunciar el nombre de los difuntos y llevan este principio á tal extremo que los que tienen el mismo nombre que éstos se lo cambian. Las tribus de la Australia central sólo abren tumbas en aquellos puntos en que es de suponer que no se establecerá nunca un campamento ni se construirá una aldea.

Las tribus australianas no han progresado hasta el punto de llegar á aquel grado de formación de Estados que produce grandes imperios encerrándolos dentro de límites fijos y por largo tiempo inmutables. Cada tribu-familia se apropia un determinado trozo de tierra y la utiliza en común ó cada individuo aisladamente, según la clase de sus productos. Sucede lo primero en las cazas en común, en la recolección de frutos y demás actos análogos, al paso que de lo segundo nacen indicios de la propiedad personal, de tal manera que una familia aislada formula derechos de preferencia sobre un manantial, sobre un torrente, sobre una parte de bosque, etc. La práctica establece entre una y otra clase de propiedad, para casos determinados, límites fijos: para la caza usual, por ejemplo, todo el país pertenece por igual á todos los miembros de una tribu, pero cuando para cazar hay que incendiar la hierba, lo cual acontece en las cazas en grande escala, se necesita en la Australia occidental el